

Somos hijos de Dios

Rebeca Reynaud

Toda la creación está dirigida al don de la filiación divina. Afirmaba san Josemaría: *«El que no se sabe hijo de Dios, desconoce su verdad más íntima», no ha descubierto aún ni la razón profunda de su ser, ni el sentido de su existencia sobre la tierra.*

Los Padres de la Iglesia no se cansaron de contemplar, y de inculcar en los fieles cristianos, esta verdad a la vez sencilla y extraordinaria: el Hijo de Dios «se hizo precisamente Hijo del hombre, para que nosotros pudiésemos llegar a ser hijos de Dios». Desde entonces, los discípulos del Señor han vivido de esta realidad, tratando de asimilarla, de descubrir su riqueza infinita, que se expresa en múltiples manifestaciones, como el mismo Cristo explicó a lo largo de su predicación: en la oración, con la que el cristiano empieza llamando Padre al Creador, le expone sencillamente la propia necesidad y acoge sinceramente como propias las intenciones divinas; en la penitencia para cumplir a fondo los designios del cielo, que lleva a cabo reciamente pero sin ostentación (...).

La filiación divina es lo que nos convertirá, lo que nos levantará, lo que nos dará a conocer nuestra dignidad. La conciencia de nuestra filiación divina es la fuerza, la energía capaz de transformarnos, y así, nos lanzaremos a esas metas que no calibramos.

Gracias al Bautismo, corre por nosotros la vida misma de Dios. La adopción divina crea un vínculo más fuerte que la misma generación física. El hijo natural tiene la misma sangre que el padre. Sin embargo, una vez que ha nacido, necesita vivir separado de sus padres. No ocurre lo mismo en el plano espiritual. En éste, una misma vida, un mismo Espíritu, corre simultáneamente por nosotros y por Cristo. Y no sólo no tenemos que separarnos de él para vivir, sino que, si nos separamos de él por el pecado, dejamos inmediatamente de vivir, morimos^[1].

Juan Pablo II hace esta consideración: "Al salir de las aguas de la sagrada fuente bautismal, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Lc 3,22)"^[2].

Toda la teología se puede resumir en eso.

Hay que rezar por los no creyentes. ¿Quiénes son los no creyentes? Aquellos que no sienten la Iglesia como suya y no tienen a Dios como Padre.

Uno de los apóstoles le dijo a Jesús: "Señor, enséñanos a orar" (Lc 11,1). Jesús respondió enseñando el Padrenuestro. Los discípulos, buenos conocedores de la oración judía de su tiempo, se sorprendieron grandemente por la singularidad de la oración de su Maestro. La oración de Jesús se dirige al Padre en un diálogo de obediencia, que vivifica su misión. Aunque vino a morar entre nosotros, nunca se alejó de la casa del Padre y de la comunión con él en la oración. La oración de Jesús continúa aun hoy (cf. Hebreos 7, 25). Cuando la Iglesia ora es el Hijo que levanta los brazos implorantes al Padre. La oración de los hijos sube al Padre gracias a la voz del Primogénito. Los brazos que se alzan en la invocación, en la alabanza y en la súplica son millones; pero la voz es única, la voz del hijo (cf. CCEC p. 158).

El Compendio del Catecismo dice: ¿Cómo es posible invocar a Dios como "Padre"? Responde: Podemos invocar a Dios como "Padre", porque el Hijo de Dios hecho hombre nos lo ha revelado. El Padre nuestro es "el resumen de todo el Evangelio" (Tertuliano). Se nos da en el Bautismo, para manifestar el nacimiento nuevo a la vida divina de los hijos de Dios (cf. CCEC 579-583).

El teólogo español, Pedro Rodríguez, dice que la palabra más hermosa de la Revelación es la palabra "Padre". Tenemos la posibilidad de participar del conocimiento que Jesús tenía de su Padre. El Padre es el Dios de Israel, el Dios que se revela en la historia. Los judíos no se atrevían –y aún no se atreven- a nombrarlo.

Felipe le dijo a Jesús: "Muéstranos al Padre y eso nos basta. Jesús le dice: ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?" (Juan 14, 8-14). En Jesús se transparenta el Padre mismo. Si lo vemos con mirada de fe, se ve el misterio que hay detrás del Hijo, que es el Padre.

Somos objeto de esa condescendencia del Padre que nos ha querido mostrar al Hijo. El conocimiento de Dios tiene carácter salvífico. Implica conocer a alguien que viene a vivir y a morir por mí.

Toda la ciencia del hombre cristiano, toda sabiduría cristiana, la verdadera vida aquí en la tierra y la vida eterna, está concentrada en estas palabras: "Que te conozcan a ti, Dios único y verdadero, y a tu enviado Jesucristo" (Juan 17,3).

Hay que saborear lo que decía San León Magno: "el don que supera todo don es que Dios llame al hombre su hijo y que el hombre llame a Dios su Padre" (*Homilia VI in Nativitate*, 4). Toda nuestra vida cristiana es una gran peregrinación hacia la casa del Padre.

La 1ª Carta de San Juan dice: "Mirad qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamemos hijos de Dios, ¡y lo somos!" (3,1). Somos verdaderos hijos. ¡Asombrarnos de esta verdad! Todo lo bueno que hay en el amor humano se puede aplicar a Dios, llevado a la eminencia. Con la imagen del padre y la madre puedo intuir qué significa que Dios me quiere. El amor esponsal es también una imagen fuerte que refleja lo mucho que Dios nos ama.

Los santos han sido capaces de descubrir cuánto los quiere Dios, y de sentirlo. Jesucristo es imagen de la paternidad de Dios, cuando se encarna y nos demuestra que nos ama, allí se refleja la imagen de Dios Padre. Dios me ama como soy, como si fuera su único hijo. Nuestro amor filial a Dios se da porque Él nos ha amado primero y porque el Espíritu Santo nos lo recuerda. La consecuencia es la confianza y de ella se deriva el abandono, que es un abandono activo. Es lo más cercano que tengo y lo más grande que puedo soñar. A través de la filiación divina se puede vivir esa intimidad de amor con cada una de las personas divinas (Javier Sesé).

La vida de oración tiene que ser sencilla, espontánea, sin método. Los menos sistemáticos son los que más intimidad alcanzan... Porque nos ama, Cristo nos hace hijos de Dios muriendo en la Cruz. Fue costosísimo para él. El santo llega a amar su Cruz y a desearla precisamente porque ve la mano paternal de Dios. Lo que busca no es la Cruz, sino a Cristo y a Dios Padre. A la luz del misterio de la salvación, esto es razonable. Tenemos la Cruz de Cristo pero no la tristeza, la rebelión, la desesperación. La filiación divina nos da el poder de dirigirnos a Dios con las mismas palabras de Jesucristo: Abbá, ¡Padre!

[1] Cf. N. Cabasilas, *Vita in Christo*, IV,4: PL 150,601.

[2] Juan Pablo II, Exh. Ap. Postsinodal *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 11.